

LA CRUZ DE LOS MISIONEROS

Cada vez que algunos Hermanos partían hacia las misiones, toda la comunidad los acompañaba durante los tres kilómetros que separaban la Casa Madre del lugar llamado La Gaudinais, en el camino de Ploërmel a Vannes.

Allí, bajo la sombra de una gran haya, llegaba el momento de la despedida. Desde aquel punto todavía podían contemplar por última vez el campanario de la capilla de la Casa Madre.

Los misioneros sabían que posiblemente nunca regresarían. Abrazaban fraternalmente a quienes quedaban y se encomendaban a sus oraciones.

Después, Juan María continuaba con ellos en la diligencia hasta Brest o Nantes, puertos desde los cuales embarcaban hacia las Antillas y otras tierras de misión.



Esta ceremonia se realizó por primera vez en 1837, con la partida de los primeros Hermanos destinados a Guadalupe, encabezados por el Hermano Antonino, y se repitió durante muchos años, hasta la llegada del ferrocarril.

El Hno Juan José Quirion, en 1950, recuerda esas partidas y no cuenta por qué ahora en el lugar está la cruz:

Si algún día sale de Ploërmel y toma la carretera hacia Vannes, verá a unos tres kilómetros, a su izquierda, a la entrada del Camino de Gaudinais, una cruz con esta inscripción: "En recuerdo de las despedidas de los Hermanos Misioneros".

Al otro lado de la carretera se alzaba antiguamente una gran haya que señalaba el lugar donde los Hermanos se detenían tras acompañar a quienes partían hacia tierras lejanas: Martinica, Guadalupe, Guayana Francesa, Senegal, San Pedro y Miquelón, Tahití y Haití. Desde este punto elevado, aún se divisaba el campanario de la Comunidad. Los Hermanos que partían -todos ellos voluntarios- dirigían una última mirada a la Casa Madre, pensando que tal vez no volverían a verla; luego, tras intercambiar un abrazo fraternal con quienes se quedaban, se encomendaban a sus oraciones. Finalmente, el carruaje de caballos de la Comunidad los llevaba al puerto de embarque.

... En 1881 se inauguró la línea Ploërmel-Questembert, de la cual se beneficiaron nuestros hermanos misioneros, al igual que otros viajeros. Pocos años después, la línea ferroviaria de La Brohinière les ofreció otra vía para salir de Ploërmel. Así, con el avance de la modernidad, llegaron a su fin aquellas emotivas y pintorescas despedidas que solían tener lugar a la sombra del gran haya.

En varias ocasiones, mientras paseábamos por esta zona, habíamos hablado de la idea de erigir una cruz en este lugar para conmemorar a nuestros primeros misioneros. Surgió una oportunidad propicia y el hermano Hipparque tomó la iniciativa de llevar a cabo el proyecto.

El 2 de octubre del año pasado (1949), los restos mortales de los hermanos Barthélémy-Marie, Irénée-Marie y Gilles d'Assise fueron trasladados del cementerio municipal al

cementerio de la comunidad... La tumba del hermano Gilles d'Assise se encontraba en la sección del cementerio bombardeada por los estadounidenses; la cruz se había desprendido de su base. El hermano Hipparque hizo repintar la cruz y encargó al Sr. Kerbouet, contratista de monumentos, la instalación de esta modesta cruz en la entrada del Camino de Gaudinais, frente al lugar donde se alzaba la gran haya mencionada anteriormente. Los trabajos concluyeron el 15 de diciembre. (Extracto de La Chronique, n° 182, abril 1950, pag. 172-173)



En aquel lugar de Ploërmel, al lado de una gran haya, donde hoy una cruz lo recuerda, tuvieron lugar despedidas profundamente sentidas. Allí, los hermanos que partían hacia tierras lejanas abrazaban por última vez a sus compañeros. Dejaban su comunidad, su patria y su familia, sabiendo que quizá nunca volverían a verlas.

No partían buscando aventuras ni reconocimiento. Se marchaban para anunciar el Evangelio, educar a los niños y servir a pueblos que apenas conocían. Muchos no regresaron: las enfermedades tropicales, las duras condiciones de vida y la falta de recursos fueron apagando tempranamente sus vidas.

Esa cruz es testimonio silencioso de aquellas lágrimas, abrazos y promesas; pero, sobre todo, de una entrega sin reservas. Al pie de ella, aquellos hombres pusieron su futuro en manos de Dios y aceptaron convertirse en semilla del Reino en tierras lejanas. Partieron sin saber si volverían, pero convencidos de que ninguna vida entregada por amor se pierde.

Hagamos unos minutos de silencio y oración en memoria de los cientos de hermanos menesianos que entregaron su vida en Martinica, Guadalupe, San Pedro y Miquelón, Guyana, Haití, Senegal y tantas otras tierras de misión.

Ambrosio Le Haiget, Arturo Greffier, Jacinto Le Fichou, Paulino Thébault y tantos otros nos recuerdan que vale la pena entregar la vida por el Evangelio; que el Reino de Dios se construye con hombres capaces de poner la mano en el arado y no mirar hacia atrás. Que su memoria renueve en nosotros el ardor misionero, la generosidad en el servicio y la disponibilidad para ir allí donde Dios y los hermanos nos necesiten.